

DRAKONTOS

Stephen Jay Gould

La falsa medida del hombre

DK



CRÍTICA

La FALSA medida del HOMBRE

Edición revisada y ampliada

Stephen Jay Gould

Traducción castellana de
Ricardo Pochtar y Antonio Desmonts

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2003

Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2025

La falsa medida del hombre

Stephen Jay Gould

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Mismeasure of Man*

© Stephen Jay Gould, 1981

Traducción de Ricardo Pochtar y Antonio Desmonts, 2003

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-617-0

Depósito legal: B. 418-2025

Impresión y encuadernación: Arteos Digital

Printed in Spain - Impreso en España



Introducción a la edición revisada y ampliada

Reflexiones a los quince años

El marco de *La falsa medida del hombre*

El título original de *La falsa medida del hombre* habría sido un homenaje a mi héroe Charles Darwin por la exposición incisiva y plena de belleza que hizo sobre el determinismo biológico, para culminar su denuncia de la esclavitud, en *El viaje del Beagle*. Yo quería llamar a este libro *Cuán grande es nuestro pecado*, por la cita de Darwin utilizada como epígrafe al principio del libro: «Si la miseria de nuestros pobres no es causada por las leyes de la naturaleza, sino por nuestras instituciones, cuán grande es nuestro pecado».

No seguí mi inicial inclinación —y estoy seguro de haber tomado la decisión correcta— porque sabía condenadamente bien que mi trabajo habría sido en ese caso mal clasificado, condenándolo al olvido, en la sección religiosa de muchas librerías (lo mismo que mi volumen de ensayos sobre la evolución, *La sonrisa del flamenco*, acabó en la sección de ornitología de una gran institución bostoniana cuyo nombre no mencionaremos). Las cosas siempre pueden empeorar. Una vez, en otro emporio bostoniano igualmente prestigioso, encontré un ejemplar de un manifiesto estudiantil de la década de 1960, titulado *El estudiante como negro*, en la estantería rotulada «Relaciones entre razas». Mi amigo Harry Kemelman, autor de la maravillosa serie de misterio protagonizada por el detective teólogo David Small, me contó que el primer volumen de la serie —*Friday the Rabbi...* (Viernes el Rabino...)— apareció en una lista de libros para niños con el título de «Freddy the Rabbit...» (Freddy el conejo...). Pero las tornas cambian a veces. Mi compadre Alan Dershowitz me contó que una mujer consiguió adquirir su *Chutzpah* diciéndole al vendedor de una librería: «Quiero un ejemplar de aquel libro cuyo título no puedo pronunciar, de un autor cuyo nombre no logro recordar».

Al final me decidí por *La falsa medida del hombre* porque la esencia de mi libro, desde una perspectiva paradójica que le ha conferido una fuerza estable durante los quince años transcurridos desde la primera publicación, radica en lo limitado de su propósito. *La falsa medida del hombre* no trata fundamentalmente sobre la depravación moral general de los falaces argumentos biológicos aplicados a la escena social (como podría haber implicado el título más

amplio tomado de Darwin). Ni siquiera trata sobre toda la gama de argumentos falsos que defienden la base genética de las desigualdades humanas. *La falsa medida del hombre* trata sobre una concreta forma de tesis cuantificada sobre la graduación o clasificación por méritos de los grupos humanos: el argumento de que la inteligencia puede abstraerse sin perder sentido en forma de cifra única capaz de clasificar a todas las personas en una escala lineal de capacidades intelectuales intrínsecas e inalterables. Por fortuna —y tomé mi decisión adrede— esta temática limitada encarna el error filosófico más profundo (y más común), con el impacto social más fundamental y de más largo alcance, sobre el inquietante tema de la naturaleza y la educación, o de la aportación de la genética a la organización social de los seres humanos.

Si algo he aprendido de ser ensayista en publicaciones mensuales durante más de veinte años, es haber llegado a comprender la fuerza de tratar las generalidades mediante concreciones. No sirve para nada escribir un libro sobre «el significado de la vida» (aunque todos añoremos saber las respuestas a esas grandes preguntas, ¡aunque sospechemos con razón que no existen verdaderas soluciones!). Pero un ensayo sobre «el significado del bateo de 0,400 en béisbol»* puede llegar a una conclusión con sorprendente relevancia, por extensión, para temas tan amplios como la naturaleza de las tendencias, el significado de la excelencia e incluso (créase o no) la constitución de la realidad natural. Hay que aproximarse a las generalidades sin que se note, no asaltarlas frontalmente. Una de mis frases favoritas, de G. K. Chesterton, proclama: «Arte es limitación; la esencia de todo cuadro es el marco».

(El título elegido me trajo algunos problemas, pero no me disculpo y paladeé la entera discusión. *La falsa medida del hombre* tiene un intencionado doble sentido, no es un vestigio del sexismo inconsciente. Mi título parodia el famoso aforismo de Protágoras sobre todo el mundo y también señala la realidad de un pasado verdaderamente sexista que consideraba a los varones la norma de la humanidad y por tanto tendía a medir falsamente a los hombres, a la vez que ignoraba a las mujeres. Expuse esta justificación desde el principio en el prefacio original: de ese modo me era posible utilizar la crítica inconsciente como prueba para ver quién gustaba de despotricar sin leer antes el libro, lo mismo que el señor Dole critica la violencia de películas que no ha visto y que no se dignaría ver. [No me preocupan, por supuesto, las críticas del título basadas en desacuerdos con la justificación expuesta.] En todo caso, mi título permitió a mi colega Carol Tavris parodiar mi parodia en el título de su maravilloso libro *The Mismeasure of Woman* [La falsa medida de la mujer], de lo que me siento sumamente contento.)¹

* Estadística de bateos de un jugador o de un equipo. Se dice «un cuatrocientos». Véase el ensayo «La racha de las rachas» en *«Brontosaurus» y la nalga del ministro*, del mismo autor. (N. del r.)

1. Un amigo lingüista previó correctamente el único y curioso problema que entraña mi título. Por alguna razón (y yo soy quien lo ha hecho, de manera que no estoy deshaciéndome de la culpa sino manifestando mi asombro) la gente tiende a pronunciar mal la primera palabra y decir «*mish-measure*» [y no «*mismeasure*», lo que evoca la palabra *mishmash*, «revoltijo, mezcla»], dando lu-

La falsa medida del hombre se sitúa dentro de un triple marco, un conjunto de limitaciones que me permitieron abarcar uno de los más extensos temas intelectuales dentro de un análisis y una narración coherentes y razonablemente globales.

1. Restringí el tratamiento del determinismo biológico a la forma históricamente más sobresaliente (y reveladoramente falaz) de argumentación cuantificada sobre la mentalidad: la teoría de la inteligencia medible, genéticamente fijada y unitaria. Como escribí en la Introducción para vincular el alegato pseudocientífico con su utilidad social:

Por tanto, este libro analiza la abstracción de la inteligencia como entidad singular, su localización en el cerebro, su cuantificación como número único para cada individuo, y el uso de esos números para clasificar a las personas en una sola escala de méritos, descubrir en todos los casos que los grupos —razas, clases o sexos— oprimidos y menos favorecidos son innatamente inferiores y merecen ocupar esa posición. En suma, este libro analiza la Falsa Medida del Hombre.

Esta parte del marco explica asimismo lo que he dejado fuera. Por ejemplo, se me ha preguntado a menudo por qué he omitido un movimiento tan influyente como la frenología en mi relación de las teorías cuantificadas sobre el funcionamiento mental. Pero la frenología es filosóficamente contraria al tema de *La falsa medida del hombre*. Los frenólogos celebraron la teoría de las inteligencias sumamente múltiples e independientes. Su visión condujo hasta Thurstone y Guilford, más a principios de siglo, y a Howard Gardner y otros actuales; en otras palabras, hasta la teoría de las inteligencias múltiples: el mayor desafío a Jensen planteado en la anterior generación, a Herrnstein y Murray hoy, y a toda la tradición de la inteligencia unitaria y clasificable que caracteriza la falsa medida del hombre. Al interpretar cada protuberancia del cráneo como una medida de la «domesticidad», o de la «amatividad», de la «sublimidad» o de la «causalidad», los frenólogos dividieron el funcionamiento mental en un rico cúmulo de atributos en buena medida independientes. Con tal perspectiva, no es posible que ningún número único pueda expresar el mérito general de los seres humanos, y todo el concepto del CI como peculiaridad biológica unitaria es un sinsentido. Confieso que siento en mi corazón una cierta

gar a una indeseada ligereza y desconcierto en las introducciones previas a las charlas. Al parecer, o así lo explica mi amigo, prevemos el sonido *zh* que habrá en la palabra «*measure*»; e inconscientemente tratamos de encajar la primera parte de la palabra con el sonido posterior, diciendo por lo tanto «*mish*» en lugar de «*mis*». Encuentro este error fascinante. Después de todo, cometemos el error al prever un sonido aún no pronunciado, lo que indica (o eso supongo yo) cómo el cerebro controla el lenguaje antes del acto de expresarlo. ¿No es también notable la forma del error? ¿Nos vemos impulsados a preferir las combinaciones de sonidos aliterados y agradablemente repetidos? ¿Se produce esta consonancia meramente para facilitar la articulación o se pone así de manifiesto algo más profundo sobre nuestra conformación cerebral? ¿Qué tienen que decir estos fenómenos sobre el origen y la forma de la poesía? ¿Qué sobre la naturaleza y la organización de las funciones mentales?

debilidad por los frenólogos (¿hay en los corazones protuberancias con mayor afectividad?), pues filosóficamente estaban en la buena senda; a la vez estaban tan absolutamente equivocados como los falsos medidores de este libro en su particular teoría sobre las protuberancias craneales. (A menudo la historia suma ironía sobre ironía. Las protuberancias craneales pueden no tener sentido, pero la localización en la corteza cerebral interior de procesos mentales muy específicos es una realidad que cada vez produce más fascinación en la moderna investigación neurológica.)

En cualquier caso, en tanto que versión falsa de la teoría probablemente correcta de las inteligencias múltiples, la frenología constituiría un capítulo importante de un libro sobre la medición craneal en general, pero cae fuera del tema de este volumen sobre la historia de las falacias contenidas en la teoría de la inteligencia unitaria, innata y linealmente clasificable. Si excluyo la frenología en nombre de «tema correcto, teoría diferente», también omito un océano de material por la razón afín, si bien opuesta, de «tema equivocado, misma teoría»; en otras palabras, todas las propuestas de clasificaciones innatas unilineales basadas en argumentaciones biológicas distintas de la cuantificación de la inteligencia. Por lo tanto, no incluyo, por ejemplo, ningún capítulo dedicado explícitamente al movimiento eugenésico (aunque he tratado el tema en su intersección con el CI) porque la mayor parte de las argumentaciones se basan en la supuesta posesión de genes concretos que determinan rasgos innatos, no en las mediciones del interior ni del exterior de la cabeza.

2. Me he centrado en los «grandes» argumentos y errores de los iniciadores históricos, no en los usos modernos, pasajeros y efímeros. Dentro de cinco años ¿quién recordará (a quién va a interesarle ni siquiera evocar) a los adalides de la retórica o de las argumentaciones tendenciosas de nuestros actuales gladiadores, en buena medida epigonales?; pero no podemos (ni debemos) olvidar nunca la brillantez de Darwin ni los errores verdaderamente importantes e instructivos cometidos por la última generación de sus oponentes creacionistas, Agassiz y Sedgwick. Las piedras fundacionales son para siempre; la mayor parte de las escaramuzas vigentes siguen la vieja máxima de los periodistas: el periódico de ayer envuelve la basura de hoy.

La falsa medida del hombre, en un segundo rasgo esencial de su marco, restringió la atención a los orígenes, y a los fundadores perdurables, de la teoría de la inteligencia innata, unitaria y linealmente clasificable. Esta decisión permitió una clara división del libro en dos mitades que representan las piezas centrales de esta teoría, en orden cronológico, durante los doscientos últimos años en que ha sido prominente. El siglo XIX se centró en las mediciones físicas de cráneos, ya fuera por el exterior (mediante regla y calibrador, y mediante la creación de varios índices y proporciones sobre las formas y tamaños de la cabeza), o desde dentro (mediante semillas de mostaza o perdigones de plomo, para llenar el cráneo y medir el volumen de la caja craneal). El siglo XX pasó al método, supuestamente más directo, de medir el contenido del cerebro mediante los tests de inteligencia. En suma, de medir las propiedades físicas de los cráneos a medir el contenido interno de los cerebros.

Creo en esta restricción a los grandes documentos fundacionales desde el fondo de mi alma de estudioso, pero también me doy cuenta de que esta decisión confiere un enorme beneficio práctico a esta versión revisada. Las viejas argumentaciones tienen una fuerza estable, son los fundamentos, las «patas» en lenguaje moderno. Nosotros no alcanzaremos nunca la serena confianza de los cristianos en que el *verbum Dei manet in aeternum*, pero nos preocuparemos de Broca, Binet y Burt mientras perduren la erudición y la fascinación por la historia. Pero sospecho que el mundo prestará poca atención y no recordará mucho tiempo a Jensen, Murray, Herrnstein, Lewontin y Gould.

Puesto que escribí acerca de las argumentaciones grandes y originales, y, prácticamente, ignoré los modernos avatares de 1981, esta revisión requiere pocos cambios en el texto principal y la actual versión no difiere casi nada del libro original; la novedad de esta revisión radica en esta introducción y en la sección de ensayos agregados al final. Los temas candentes en 1981 son ahora historias sin sustancia; dudo de que Herrnstein y Murray superen el milenio, aunque la forma básica de su argumentación nunca desaparece y sigue repitiéndose cada pocos años; de ahí la necesidad de que este libro y su tema central versen sobre las fuentes perdurables que reaparecen constantemente.

Como escribí en la Introducción de la primera edición:

Apenas me he referido al actual resurgimiento del determinismo biológico porque sus tesis suelen tener una vigencia tan efímera que los sitios más adecuados para refutarlas son las páginas de una revista o de un periódico. ¿Acaso alguien recuerda los temas candentes de hace diez años: las propuestas de Shockley en el sentido de indemnizar a los individuos dispuestos a someterse a la esterilización voluntaria, teniendo en cuenta los puntos que les faltaban para alcanzar un CI de 100, el gran debate sobre la combinación cromosómica XYY, o los intentos de explicar los disturbios callejeros por las alteraciones neurológicas de los alborotadores? Me pareció que sería más valioso e interesante examinar las fuentes originales de los argumentos que aún pululan a nuestro alrededor. Respecto a estos últimos, se trata, en el mejor de los casos, de un gran despliegue de errores, por lo demás bastante esclarecedores.

3. El tercer aspecto fundamental del marco surge de mis competencias profesionales. Soy un científico en activo por profesión, no un historiador. Siento una inmensa fascinación por la historia; leo y estudio el tema con profusión, y he escrito mucho, incluidos tres libros y docenas de ensayos, sobre temas predominantemente históricos. Creo tener una comprensión honrada y adecuada de la lógica y de los charlatanes que sostienen los argumentos acerca del determinismo biológico. De lo que carezco, por falta de preparación profesional, es del «sentido» del profesional —el *sine qua non* de la investigación de primera clase— para los grandes contextos políticos (antecedentes y telones de fondo), la escena en que impactan los argumentos biológicos en la sociedad. En la jerga profesional, estoy bastante al tanto (incluso podría ser arrogante y decir «mejor que otros») de los temas «internos» que crean la complejidad de los argumentos y de las significaciones, y de las falacias de los datos en que

se basan, pero lamentablemente no lo bastante preparado sobre el lado «exterior», que es el contexto histórico más amplio, el «encaje» de las alegaciones científicas en los medios sociales.

En consecuencia, y siguiendo la antigua táctica de hacer de la necesidad virtud, exploré una vía distinta al ocuparme de la historia del determinismo biológico, una vía para la que sirvieran mis concretas habilidades y competencias y que no sufriera más de lo debido a causa de mis insuficiencias. En absoluto habría escrito este libro —ni siquiera habría contemplado el proyecto en primer lugar— de no haber sido capaz de trazar un camino previamente no cartografiado para abordar este tema importante y de ninguna manera descuidado. (Tengo horror personal a los textos epigonales y nunca he chapoteado —con una única pequeña excepción, a título de favor personal a un colega querido, mayor y reverenciado— en el género de los manuales; la vida es demasiado corta.)

Mi especial habilidad radica en una combinación, no en la originalidad. He acertado a reunir dos elementos sobresalientes y sumamente interactuantes: cada uno de ellos se dan de por sí en la competencia de muchos individuos, pero rara vez se combinan en los intereses de una única persona. Nadie antes que yo había unido sistemáticamente estos dos elementos a todo lo largo de un libro y en la visión general del tema.

Los científicos en activo suelen ser buenos en el análisis de los datos. Estamos formados para percibir falacias en las argumentaciones y, en especial, para ser hipercríticos con los datos en que se basan. Escrutamos los mapas y vemos todos los puntos del gráfico. La ciencia avanza tanto haciendo nuevos descubrimientos como criticando las conclusiones de otros. Yo me formé para ser un paleontólogo con mentalidad estadística, especializado sobre todo en manejar grandes matrices de datos sobre las variaciones de las poblaciones y el cambio histórico dentro de los linajes. (La falsa medida del hombre reside en los mismos temas: las diferencias entre los individuos son análogas a la variación de las poblaciones, y las disparidades que se miden entre grupos son análogas a las diferencias temporales de los linajes a lo largo del tiempo.) Por lo tanto, me siento especialmente competente para analizar los datos y percibir las falacias en las argumentaciones sobre las diferencias que se han medido entre los grupos humanos.

Pero cualquier científico en activo podría proceder del mismo modo. Llegamos ahora al inmenso provincianismo de mi profesión fundamental. A la mayor parte de los científicos la historia no les importa un bledo; es posible que mis colegas no sigan la máxima de Henry Ford, para quien la historia es palabrería, pero ven el pasado como un mero depositario del error: en el mejor de los casos, una fuente de instrucción moral sobre los peligros ocultos que hay en el camino del progreso. Tal actitud no da lugar a simpatía ni interés por las figuras históricas de nuestro pasado científico, y menos por quienes cometieron importantes errores. Así que la mayor parte de los científicos podrían, en principio, analizar los conjuntos de datos originales del determinismo biológico, pero nunca se sentirán inclinados a ni siquiera plantearse ese esfuerzo.

Los historiadores profesionales, por otra parte, podrían repasar las estadísticas y criticar los gráficos relativos a sus temas. El procedimiento no es en realidad nada arcano ni difícil. Pero de nuevo encontramos un provincianismo profesional: los historiadores estudian los contextos sociales. El historiador quiere saber cuál fue el impacto de la conclusión de Morton sobre la inferior capacidad craneal de los amerindios en los debates sobre la expansión hacia el Oeste; pero por regla general no pensará en estudiar las tablas de Morton de mediciones craneales para tratar de comprobar si Morton había presentado sus datos correctamente.

Por lo tanto, encontré mi nicho personal, pues me es posible analizar los datos con cierta preparación estadística y atención a los detalles; y adoro estudiar el origen histórico de los grandes temas que todavía nos circundan. En suma, que puedo combinar la pericia del científico con la preocupación del historiador. *La falsa medida del hombre* se centra, por lo tanto, en el análisis de los grandes conjuntos de datos que hay en la historia del determinismo biológico. Este libro es una crónica de las falacias profundas y aleccionadoras (no de los errores tontos y superficiales) que hay en el origen y en la defensa de la teoría de la inteligencia unitaria, linealmente clasificable, innata y muy poco alterable.

La falsa medida del hombre es, pues, desvergonzadamente «internalista» al ocuparse de las mediciones de la inteligencia. Vuelvo a analizar los datos de las grandes tesis históricas, en un sentido, espero, más afín a la aventura forense (tema de general fascinación) que a los catálogos reseco y polvorientos. Investigaremos el cambio llevado a cabo por Morton de las semillas de mostaza por perdigones de plomo para medir la capacidad craneal; las meticulosas estadísticas de Broca a la extravagante luz de sus prejuicios sociales inconscientes; las fotografías alteradas de Goddard sobre el linaje imbécil de los Kallikak en los yermos de coníferas de Nueva Jersey; el supuesto test de inteligencia innata de Yerkes (pero que es un auténtico índice de la familiaridad con la cultura estadounidense) que se hizo a todos los reclutas durante la primera guerra mundial (y también, por su seguro servidor, a cursos de estudiantes de Harvard); el grandioso, crucial y genuino error de Cyril Burt (no su insignificante y posterior fraude declarado) en la justificación matemática de la inteligencia como un factor único.

Dos citas famosas y contradictorias captan el interés y la potencial importancia de este empeño, este tercer aspecto de mi marco para la falsa medida del hombre. Dios mora en los detalles; y lo mismo el diablo.

¿Por qué revisar *La falsa medida del hombre* después de quince años?

Considero la crítica del determinismo biológico a la vez intemporal y oportuna. La necesidad de análisis es intemporal debido a que los errores del determinismo biológico son tan profundos e insidiosos, y debido a que la argumentación apela a las peores manifestaciones de nuestra naturaleza común. La

profundidad vincula el determinismo biológico a algunas de las cuestiones y errores más antiguos de nuestras tradiciones filosóficas, incluido el *reduccionismo*, o bien al deseo de explicar fenómenos en parte aleatorios, a gran escala e irreductiblemente complejos mediante el comportamiento determinista de los elementos constituyentes más pequeños (los objetos físicos por el movimiento de los átomos, las funciones mentales por la cantidad heredada de materia gris); la *reificación*, o propensión a convertir un concepto abstracto (como la inteligencia) en una entidad sólida (como una cantidad de materia cerebral cuantificable); la *dicotomización*, o nuestro deseo de analizar gramaticalmente la realidad continua y compleja en divisiones duales (inteligente y estúpido, blanco y negro); y la *jerarquía*, o nuestra inclinación a ordenar los temas clasificándolos en una serie lineal de valor creciente (grados de inteligencia innata en este caso, a menudo luego rota por el dualismo que impone nuestra necesidad de dicotomizar, como en normal frente a débil mental, para utilizar la terminología favorita de los primeros tiempos de las pruebas de CI).

Cuando sumamos nuestras tendencias a cometer estos errores generales a la realidad sociopolítica de una xenofobia que tantas veces (y tan lamentablemente) regula nuestra actitud hacia los «otros» juzgados inferiores, aprehendemos la potencia del determinismo biológico como arma social: pues los «otros» serán, como consecuencia, rebajados y su condición económica inferior ratificada como una consecuencia científica de su ineptitud innata más bien que de las injustas opciones de la sociedad. Permítaseme, pues, repetir la gran frase de Darwin: «Si la miseria de nuestros pobres no es causada por las leyes de la naturaleza, sino por nuestras instituciones, cuán grande es nuestro pecado».

Pero las críticas al determinismo biológico también son oportunas en determinados momentos (incluido el actual) porque —y ahora se puede elegir la imagen personal favorita, desde la cabeza de la hidra de Lerna, si se es de gustos clásicos, hasta la moneda falsa y los gatos pardos, si se prefieren los proverbios y refranes, o el garranchuelo de los céspedes suburbanos si se prefiere la vulgaridad contemporánea— los mismos malos argumentos se repiten cada pocos años con predecible y deprimente regularidad. Tan pronto desprestigiamos una versión surge, con efímera prominencia, un nuevo capítulo del mismo mal texto.

No hay ningún misterio en la razón de estas repeticiones. No son manifestaciones de ninguna condición cíclica de fondo, que obedezca a una ley natural que pudiera captarse con una fórmula matemática tan manejable como el CI; tampoco representan estos episodios ningún tema candente derivado de nuevos datos ni ninguna novedad previamente no considerada se entreteje en el argumento, pues la teoría de la inteligencia unitaria, clasificable, innata y de hecho inalterable nunca se modifica demasiado en cada formulación de la serie. Cada ascenso a la popularidad opera con la misma lógica falaz y con información defectuosa.

Las razones de la repetición son sociopolíticas y no hay que buscarlas lejos: los resurgimientos del determinismo biológico se correlacionan con episodios de retroceso político, en especial con las campañas para reducir el gasto del Estado en los programas sociales, o a veces con el temor de las clases dominan-

tes, cuando los grupos desfavorecidos siembran seria intranquilidad social o incluso amenazan con usurpar el poder. ¿Qué argumento contra el cambio social podría ser más deprimentemente eficaz que la tesis de que los órdenes establecidos, con unos grupos en la cima y otros abajo, existen como exacto reflejo de las capacidades intelectuales, innatas e inalterables, de las personas así clasificadas?

¿Por qué esforzarse, y gastar, en aumentar el inelevable CI de razas o grupos sociales situados en el fondo de la escala económica; no es mejor aceptar sencillamente los desgraciados dictados de la naturaleza y ahorrar un montón de fondos federales (¡así nos será más fácil mantener bajos los impuestos de los ricos!)? ¿Por qué molestarnos por la infrarrepresentación de los grupos desfavorecidos en los puestos honrosos y remunerativos si tal ausencia señala la menor capacidad o la inmoralidad general, biológicamente impuesta, de la mayor parte de los miembros del grupo rechazado y no el legado ni la realidad vigente de los prejuicios sociales? (Los grupos estigmatizados pueden ser razas, clases, sexos, propensiones de conducta, religiones u orígenes nacionales. El determinismo biológico es una teoría general y quienes son objeto del actual menosprecio actúan como subrogados de todos los demás sometidos a similares prejuicios en distintos tiempos y lugares. En este sentido, las peticiones de solidaridad entre los grupos degradados no deben ser descartadas como mera retórica política, sino antes aplaudidas como reacciones adecuadas a las razones comunes del maltrato.)

Repárese, por favor, en que me estoy ocupando de la cíclica *ascensión a la popularidad* de los argumentos innatistas a favor de la inteligencia unitaria y clasificable, no de la formulación episódica de tales alegatos. La argumentación general está siempre presente, siempre disponible, siempre pregonada, siempre explotable. Los episodios de intensa atención pública señalan, por lo tanto, oscilaciones en el péndulo de las preferencias políticas hacia una posición correcta para explotar esta vieja falacia venerable con una seriedad basada en la ingenua esperanza o el cínico reconocimiento de su evidente utilidad. Los resurgimientos del determinismo biológico se correlacionan con períodos de retroceso político y de destrucción de la generosidad social.

Los Estados Unidos del siglo xx han vivido tres principales episodios, todos ellos así correlacionados. El primero constituye una de las más tristes ironías de la historia norteamericana y ocupa el capítulo más largo de *La falsa medida del hombre*. Nos gusta pensar que los Estados Unidos son una tierra con tradiciones en general igualitarias, una nación «concebida en libertad y dedicada a defender que todos los hombres fueron creados iguales». Reconocemos, *au contraire*, que muchas naciones europeas, con su larga historia de monarquía, régimen feudal y estratificación social, han estado menos comprometidas con los ideales de la justicia social o la igualdad de oportunidades. Puesto que el test de CI se originó en Francia, podríamos asumir con naturalidad que la falsa interpretación hereditaria, tan en general y tan perjudicialmente impuesta a los tests, surgió en Europa. Irónicamente, este razonable supuesto es por completo falso. Como se documenta en el capítulo 6, Alfred Binet, el francés que

lo inventó, no sólo evitó la interpretación hereditaria de su test sino que advirtió explícitamente (y fervientemente) contra tal lectura, considerándola una perversión de su deseo de utilizar los tests para identificar a los niños que precisaban de ayuda especial. (Binet argumentó que la interpretación innatista sólo serviría para estigmatizar a los niños por ineducables, dando lugar así a un resultado opuesto a su propósito, temor entera y trágicamente justificado por la historia posterior.)

La interpretación hereditaria del CI surgió en Estados Unidos, en buena medida gracias al proselitismo de tres psicólogos (H. H. Goddard, L. M. Terman y R. M. Yerkes) que tradujeron y popularizaron los tests en este país. Si nos preguntamos cómo pudo producirse esa perversión en nuestra tierra de libertad y justicia para todos, debemos recordar que los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial, el momento culminante de la actividad de estos científicos, se caracterizó por un patriotismo estrecho, provinciano, chauvinista, aislacionista «nativista» (WASP [*White Anglo-Saxon Protestant*, protestante, blanco y anglosajón], no indio), cerrado-alrededor-de-la-bandera y de relumbrón, no comparable con ningún otro período de nuestro siglo, ni siquiera con el apogeo del mccartismo a principio de la década de 1950. Fue ésta la época de las restricciones a la inmigración, de la difusión de las cuotas para judíos, de la ejecución de Sacco y Vanzetti, y el momento álgido de los linchamientos en los estados del Sur. Es interesante que la mayor parte de los hombres que construyeron el biodeterminismo en la década de 1920 se retractaran de sus propias conclusiones en los años treinta, cuando la pobreza y las colas de comida que sufrían los titulados universitarios ya no podían explicarse por la idiotez congénita.

Los dos episodios más recientes también corresponden a oscilaciones políticas. El primero me inspiró para escribir *La falsa medida del hombre* como reacción positiva que presentara una visión alternativa (no, confío, una diatriba negativa); el segundo me ha impulsado a publicar esta versión revisada.

Arthur Jensen inició el primero de estos recientes episodios, en 1969, con un artículo notoriamente falaz sobre el supuesto carácter innato de las diferencias grupales en el CI (poniendo el énfasis en la disparidad entre blancos y negros en Estados Unidos). Su escalofriante primera línea desmiente todos los posteriores alegatos de haberlo publicado sólo como estudio desinteresado y no como hombre con programa social. Comenzaba con un ataque explícito contra el programa federal Head Start: «Se ha intentado una educación compensatoria y al parecer ha fracasado». Mi colega Richard Herrnstein disparó una segunda andanada importante en 1971, con un artículo en *Atlantic Monthly* que se convirtió en el esbozo y el epítome de *The Bell Curve* (La curva de campana), publicado junto con Charles Murray en 1994, y en el estímulo inmediato de esta versión revisada de *La falsa medida del hombre*.

Como se ha expuesto antes, todos los meses aparecen en lugares destacados artículos sobre este tema escritos por personas con notoriedad. Al analizar por qué el artículo de Jensen se convirtió en una *cause célèbre*, en lugar de ser uno más de los manifiestos ignorados dentro de un género bien conocido, debemos

atender al contexto social. Puesto que el artículo de Jensen no contenía ningún argumento nuevo, debemos buscar el nuevo suelo fértil que permitió que germinara una semilla tan vieja y siempre presente. Como también he expuesto antes, no soy especialista en cuestiones sociales y mi visión del asunto puede que sea ingenua. Pero me acuerdo muy bien de los tiempos de activismo político de mi juventud. Me acuerdo del crecimiento de la oposición a la guerra de Vietnam, del asesinato de Martin Luther King en 1968 (y del miedo que inspiraron las concomitantes algaradas urbanas), del rechazo de Lyndon B. Johnson dentro y fuera de la refriega en la Convención del Partido Demócrata celebrada en Chicago en 1968, de la resultante elección de Richard Nixon como nuevo presidente, con la arremetida de la reacción conservadora que siempre engendra una renovada atención por los argumentos falsos y viejos, pero ahora de nuevo útiles, del determinismo biológico. Escribí *La falsa medida del hombre* en el apogeo de esta reacción, comenzando a mediados de la década de 1970. La primera edición apareció en 1981 y el libro se ha impreso numerosas veces desde entonces.

No tenía planes para hacer una versión revisada. No soy una persona modesta, aunque procuro guardarme la arrogancia para mí mismo (lo que no conseguiré siempre, supongo). Pero no sentía necesidad de ponerlo al día, porque había tomado lo que sigo considerando una sabia decisión cuando escribí por primera vez el libro (¡y seguramente no porque crea que ese niño defectuoso pero orgulloso que es uno es inmejorable!). *La falsa medida del hombre* no precisó puesta al día en los quince primeros años porque me había centrado en los documentos fundacionales del determinismo biológico y no en los usos «actuales», que tan deprisa se anticúan. Yo había subrayado los profundos errores filosóficos que no cambian, más que las formulaciones inmediatas (y superficiales) que quedan obsoletas año tras año.

El tercer gran episodio se inició en 1994, con la publicación de *The Bell Curve*, de Richard Herrnstein y Charles Murray. Una vez más, el largo libro no contenía nada nuevo, aunque los autores daban vueltas a los viejos argumentos a lo largo de ochocientas páginas repletas de copiosos cuadros y gráficos que embaucan a la gente y hacen que confunda tanto la novedad como la profundidad con el temor a no comprender. (En realidad *The Bell Curve* es eminentemente comprensible. La argumentación es vieja, nada complicada y sabida; las exposiciones matemáticas, aunque elaboradas a lo largo de cientos de páginas mediante reiterados ejemplos tras ejemplos, representan un único estudio, debidamente simple desde el punto de vista conceptual y bastante fácil de entender. Además, pese a mi severa crítica del contenido, concederé gustosamente que los autores escriben bien y con claridad.) Cuando conocí a Charles Murray, en un debate del Instituto de Política de Harvard, lo único que se me ocurrió fue empezar por mi fragmento preferido de *Trabajos de amor perdidos* de Shakespeare: «Desbroza el hilo de su verbosidad mejor que el meollo de su argumentación».

El notable impacto de *The Bell Curve* debe por lo tanto, y una vez más, registrarse como una oscilación del péndulo político a una triste posición que

exige una justificación con que reafirmar las desigualdades sociales como dictados de la biología. (Si puedo permitirme una analogía biológica algo extravagante, pero creo que *à propos*, la teoría de la inteligencia unitaria, clasificable, innata e inalterable actúa como una espora fúngica, como un ciste de dinoflagelada o un tardígrado en la fase de tonel: siempre presente con abundancia, pero en una fase inactiva, en suspenso o latente, aguardando a brotar, a atiborrarse o a despertar cuando las fluctuantes condiciones exteriores pongan término al sopor.)

Parte de las razones del impacto de *The Bell Curve* deben ser idiosincráticas: un título con gancho, un hermoso trabajo de edición a cargo de una figura legendaria de la escena neoyorquina, una brillante campaña publicitaria (confesaré mis celos y el deseo de encontrar a las personas responsables para contratarlas para mis propios libros). Pero estos factores concretos deben contar poco en comparación con la generalidad predominante: un suelo político de nuevo fértil. ¿Sorprenderá a alguien que la publicación de *The Bell Curve* coincidiera exactamente con la elección de Newt Gingrich en el Congreso y con una nueva era de mezquindad social sin precedentes en mi época? Criticar acerbamente todos los servicios sociales para las personas con genuina necesidad; poner fin al apoyo a las artes (pero no recortar un centavo, el cielo no lo permita, el gasto militar); equilibrar el presupuesto y conseguir alivio fiscal para los ricos. Quizás esté haciendo una caricatura, pero ¿podemos dudar de la consonancia de este nuevo ánimo mezquino con el argumento de que el gasto social no puede funcionar porque, en contra de lo que afirma Darwin, la miseria de los pobres es el resultado de las leyes naturales y de la ineptitud innata de los desfavorecidos?

Añadiré otra razón para explicar el concreto atractivo de las explicaciones genéticas en la década de 1990. Vivimos en una época de progreso científico revolucionario gracias a la biología molecular. Desde el modelo de Watson y Crick de 1953 hasta la invención de la PCR* y la secuenciación rutinaria del DNA —para objetivos tan diversos como la firma sanguínea de O. J. Simpson y el desciframiento de la filogenia de las aves—, tenemos ahora un acceso sin precedentes a información sobre la constitución genética de los individuos. Favorecemos de modo natural, y tendemos a difundir demasiado, las novedades estimulantes con la vana esperanza de que pueden aportar soluciones generales o panaceas, cuando tales aportaciones constituyen en realidad piezas más modestas (bien que vitales) de un rompecabezas mucho más complejo. Hemos hecho lo mismo con todos los grandes descubrimientos del pasado sobre la naturaleza humana, incluidas las teorías no genéticas arraigadas en la dinámica familiar y social, y de forma más llamativa (por supuesto) la teoría de Freud sobre las etapas psicosexuales, con la neurosis que nace del desarrollo reprimido y desviado en la ontogenia. Si las penetrantes teorías no genéticas pudieron exagerarse hasta tales extremos en el pasado, ¿debe sorprendernos que estemos

* Reacción en cadena de la polimerasa. (N. del r.)

ahora repitiendo el mismo error al extender demasiado la genuina emoción que sentimos ante las explicaciones genéticas?

Aplaudí el descubrimiento de los genes que predisponen a los portadores a determinadas enfermedades, o que causan directamente la enfermedad en ambientes normales (la enfermedad de Tay-Sachs, la anemia falciforme, la corea de Huntington), pues la mayor esperanza de curación radica en la identificación de un sustrato material y de un modo de actuación. También celebro el valor humano y liberador de identificar los fundamentos biológicos congénitos de condiciones que en tiempos se suponían enteramente psicogénicas y por tanto se atribuían sutilmente a los padres (en especial por parte de profesionales que juraban y perjuraban no albergar tal intención, sino que únicamente pretendían especificar los orígenes en interés de la futura prevención; el autismo, en distintos momentos y según varios psicólogos, pasó a ser el resultado de demasiado amor maternal o de demasiado poco).

El cerebro, al ser un órgano del cuerpo, está sometido a enfermedades y a defectos genéticos como cualquier otro. Di la bienvenida al descubrimiento de las causas o influencias genéticas presentes en azotes como la esquizofrenia, la depresión maníaca bipolar y el trastorno obsesivo-compulsivo. Ningún dolor puede compararse al del padre que «pierde» a un hijo vibrante y prometededor por las devastaciones de estas enfermedades, que con frecuencia se desencadenan tarde, hacia el final de la segunda década de la vida. Celebremos la liberación de los padres de la culpabilidad que consume y, lo que tiene más importancia, la posibilidad de aliviar, e incluso curar, que proporcionó la identificación de las causas.

Pero todos estos genuinos descubrimientos se refieren a patologías concretas y específicas, enfermedades o condiciones que bloquean lo que podemos seguir llamando legítimamente el desarrollo normal; es decir, la curva de campana. (Se denominan técnicamente curvas de campana las distribuciones normales; surgen cuando la variación se distribuye aleatoriamente alrededor de la media: en la misma medida en ambas direcciones, con mayor probabilidad en los valores próximos a la media.) Las patologías concretas no corresponden a la curva de campana, sino que habitualmente forman conglomerados o agrupamientos alejados del valor del término medio de la curva y al margen de la distribución normal. Las causas de estas excepciones, por lo tanto, no se corresponden con las razones que explican las variaciones alrededor de la media de la curva de campana.

Precisamente porque las personas con el síndrome de Down tienden a ser de baja estatura como consecuencia del cromosoma 21 adicional, no deducimos que las personas de baja estatura dentro de la distribución normal de la curva de campana deban su talla a poseer un cromosoma extra. Del mismo modo, el descubrimiento del gen «para» de la corea de Huntington no implica la existencia de un gen para la gran inteligencia, o para la poca agresividad, o para la alta propensión a la xenofobia, o para sentir una especial atracción por el rostro, el cuerpo o las piernas de la pareja sexual; ni para ningún otro rasgo general que pudiera distribuirse en forma de curva de campana entre toda

la población. Los «errores de categorización» forman parte de los errores más comunes del pensamiento humano: cometemos un clásico error de categorización cuando igualamos las causas de una variación normal con las razones de las patologías (exactamente igual que cometemos un error de categorización al argumentar que, debido a que el CI presenta una heredabilidad moderada dentro de los grupos, las causas de las diferencias medias entre los grupos deben ser genéticas; véase más adelante, mi recensión de *The Bell Curve* en el primer ensayo de la última parte, pp. 330-340). Así que debemos emocionarnos por los progresos en identificar las causas genéticas de ciertas enfermedades, pero no debemos partir de este tipo de explicación para resolver las variaciones de la conducta en la población en general.

De todas las perniciosas dicotomías falsas que obstaculizan nuestra comprensión de la complejidad del mundo, la de naturaleza frente a educación debe clasificarse como una de las dos o tres cimeras (una división tonta sólo fomentada por la eufonía de los nombres [en inglés: *nature versus nurture*]). No creo que ninguna pantalla de humo me enfurezca más que el habitual alegato del biodeterminismo: «Pero nosotros somos los sofisticados; nuestros oponentes son puramente ambientalistas, partidarios exclusivamente de la educación; nosotros reconocemos que sus comportamientos surgen de una interacción de naturaleza y educación». Tengo, pues, que volver a poner el énfasis, como se hace a todo lo largo del texto de *La falsa medida del hombre*, en que todas las partes en debate, por supuesto que hombres de buena voluntad y con información adecuada, sostienen la afirmación absolutamente incontrovertible de que la forma y el comportamiento humanos surgen de combinaciones complejas de las influencias genéticas y las ambientales.

Los errores del reduccionismo y del biodeterminismo prevalecen en afirmaciones como «La inteligencia es en un 60 por 100 genética y en un 40 por 100 ambiental». El 60 por 100 (o la cifra que sea) «hereditario» atribuido a la inteligencia no significa eso. No entenderemos correctamente este tema hasta que comprendamos que el «interaccionismo» que todos aceptamos no permite afirmaciones como «El rasgo x es en un 29 por 100 ambiental y en un 71 por 100 genético». Cuando los factores causales (más de dos, dicho sea de paso) interaccionan de forma tan compleja, y a lo largo de todo el crecimiento, para producir un ser adulto intrincado, en principio no podemos analizar el comportamiento de ese ser en porcentajes cuantitativos de las causas originarias remotas. El ser alto es una entidad emergente que debe comprenderse a su propio nivel y en su totalidad. Las verdaderas cuestiones sobresalientes son la maleabilidad y la flexibilidad, no el falaz análisis en porcentajes. Un rasgo puede ser heredable en un 9 por 100 pero ser absolutamente maleable. Un par de gafas de veinte dólares compradas en la farmacia del barrio pueden corregir por completo un defecto de visión que es hereditario en un 100 por 100. El «60 por 100» biodeterminista no es un interaccionismo sutil, sino un determinismo del tipo «sólo un poquito embarazada».

Así, por ejemplo, enojado por mi recensión de *The Bell Curve* (reimpresa aquí como el primer ensayo de la última sección), el señor Murray escribe en

el *Wall Street Journal* (2 de diciembre de 1994), vituperando mi supuesta falta de equidad con él:

Gould prosigue diciendo que «Herrnstein y Murray pecan contra la equidad al transformar un caso complejo que sólo puede producir agnosticismo en un resumen tendencioso a favor de las diferencias permanentes y hereditarias». Compárense ahora las palabras del señor Gould con las que Richard Herrnstein y yo escribimos en el párrafo crucial que resume nuestras opiniones sobre los genes y la raza: «Si el lector está ya convencido de que o bien la explicación genética o bien la ambientalista ha ganado con exclusión de la otra, no lo hemos hecho lo bastante bien al presentar una u otra de estas caras. Nos parece sumamente probable que tanto los genes como el ambiente tengan algo que ver con las diferencias raciales. ¿Cuál podría ser la combinación?».

¿Todavía no lo capta, señor Murray? Yo no afirmo que usted atribuya *toda* la diferencia a la genética: ninguna persona con un ápice de conocimiento diría tal estupidez. La frase mía que usted cita no lo acusa de eso; mi frase afirma con precisión que usted aboga por las «diferencias permanentes y heredables», no que usted atribuya toda la disparidad a la genética. Su defensa muestra que usted no capta el punto principal. Su exposición sigue presentando el problema como una batalla entre dos bandos, con una victoria exclusiva potencial alcanzable por uno de ellos. Nadie cree tal cosa; todo el mundo acepta la interacción. Luego, se retrata a sí mismo como un valiente apóstol de la modernidad y de la cautela académica al proclamar «sumamente probable que tanto los genes como el ambiente tengan algo que ver con las diferencias raciales». Se ha limitado a exponer una perogrullada al margen del verdadero problema. Cuando haga usted la debida distinción entre heredabilidad y flexibilidad de las manifestaciones de la conducta, entonces podremos tener un auténtico debate más allá de la retórica de la fraseología.

No proseguiré aquí mi crítica de *The Bell Curve*, pues presento ese empeño en los dos primeros ensayos de la sección final. Sólo deseo exponer que decidí llevar a cabo esta versión revisada de *La falsa medida del hombre* en respuesta a este último episodio cíclico del biodeterminismo. Podría parecer raro que un libro escrito hace quince años pueda servir para refutar un manifiesto aparecido en 1994; más que raro, en realidad, puesto que nuestras nociones básicas de causalidad bien pudieran estar por eso mismo invertidas. Y sin embargo, al volver a leer *La falsa medida del hombre* y hacer unos pocos cambios, además de corregir las erratas tipográficas y suprimir unas cuantas referencias por completo de actualidad en 1981, me di cuenta de que mi libro de quince años está escrito como una refutación de *The Bell Curve*. (Para que esta afirmación no parezca un anacronismo absurdo, me apresuro a señalar que el artículo de 1981 de Herrnstein en *Atlantic Monthly*, un epítome punto por punto de *The Bell Curve*, constituye una parte importante del contexto de *La falsa medida del hombre*.) Pero mi alegato no es un absurdo anacronismo por otra razón más importante. *The Bell Curve* no presenta nada nuevo. Este manifiesto de ochocientas páginas es poco más que un largo resumen de la versión intransi-

gente del factor *g* de Spearman: la teoría según la cual la inteligencia es algo unitario, con fundamento genético y mínimamente alterable que hay en la cabeza. Desde luego yo no podía saber qué hechos concretos traería el futuro. Pero lo mismo que el darwinismo puede proporcionar tan buen argumento contra los futuros episodios de creacionismo como contra los antievolucionistas de la época de Darwin, confío en que una refutación coherente de una teoría en bancarrota conservará todos sus méritos cuando alguien trate de sacar a flote una cuestión muerta y sin ningún fundamento en un momento futuro. De por sí, el tiempo no es ninguna alquimia que mejore una argumentación. Si los buenos argumentos no superan el paso del tiempo, entonces más vale tirar nuestras bibliotecas.

Razones, historia y revisión de *La falsa medida del hombre*

1. Razones

Mis razones iniciales para escribir *La falsa medida del hombre* combinaban las personales con las profesionales. Confieso, antes que nada, ser muy sensible a esta concreta cuestión. Me crié en una familia con tradición de participar en las campañas a favor de la justicia social y fui activo, cuando era estudiante, en el movimiento pro derechos civiles en una época de gran agitación y éxitos, la de principios de la década de 1960.

A menudo los investigadores son circunspectos a la hora de citar estos compromisos, pues, en el estereotipo, la gélida imparcialidad opera como un *sine qua non* de la debida y desapasionada objetividad. Considero este argumento una de las exigencias más falaces, incluso perjudiciales, que se hacen normalmente en mi profesión. La imparcialidad (aun siendo deseable) es algo que no está al alcance de los seres humanos con inevitables antecedentes, necesidades, creencias y deseos. Es peligroso para un investigador imaginar tan siquiera que podría alcanzar la absoluta neutralidad, pues entonces se deja de ser vigilante sobre las preferencias personales y sus influencias; y entonces de verdad que se es víctima de los dictados del prejuicio.

La objetividad puede definirse desde una perspectiva funcional como el justo tratamiento de los datos, no como la ausencia de preferencias. Además, se precisa entender y conocer las inevitables preferencias a fin de percibir su influencia, ¡para lograr un tratamiento justo de los datos y los argumentos! Ninguna presunción podría ser peor que la creencia en la propia objetividad intrínseca, ninguna prescripción sería más adecuada para delatar a los bobos. (Los psíquicos farsantes como Uri Geller han tenido el concreto éxito de embaucar a los científicos con magia escénica normal y corriente, porque sólo los científicos tienen la arrogancia de pensar que ellos siempre observan con atención rigurosa y objetiva y, por lo tanto, nunca podrían ser engañados; mientras que los mortales normales y corrientes saben perfectamente que los buenos prestidigitadores siempre encuentran la manera de hacer trampas a la gente.) La mejor

forma de objetividad consiste en identificar explícitamente las preferencias, de modo que su influencia pueda reconocerse y contrarrestarse. (Negamos nuestras preferencias en todo momento al reconocer la objetividad de la naturaleza. La verdad es que detesto el hecho de la muerte personal, pero no basaré mis opiniones biológicas en tal aversión. Hablando más en serio, de verdad que prefiero el modo más cordial de la evolución lamarckiana a lo que Darwin denominaba los procedimientos miserables, bajos, chapuceros e ineficaces de su propia selección natural; pero a la naturaleza le importan un bledo mis preferencias y funciona a la manera de Darwin, y, por lo tanto, elegí dedicar mi vida profesional a dicho estudio.)

Debemos identificar las preferencias con objeto de limitar su influencia en nuestro trabajo, pero no nos extraviarnos cuando utilizamos esas preferencias para decidir a qué temas deseamos dedicarnos. La vida es corta e infinitos los estudios potenciales. Tenemos muchas mejores posibilidades de alcanzar algo importante cuando seguimos nuestros impulsos afectivos y trabajamos en campos con mayor significado personal. Por supuesto, esta estrategia aumenta el peligro de los prejuicios, pero lo que gana en dedicación tal vez compense sobradamente esa inquietud, sobre todo si nos mantenemos igualmente comprometidos con el objetivo general de la imparcialidad y ferozmente comprometidos con la vigilancia y examen constantes de nuestros prejuicios personales.

(No tengo ningún deseo de proporcionar al señor Murray munición para futuros enfrentamientos, pero nunca me ha sido posible comprender por qué insiste él en promulgar el nada solapado argumento de que no tiene apuesta ni preferencia personales en el tema de *The Bell Curve*, sino que emprendió su estudio por desinteresada curiosidad personal; una alegación que lo incapacitó en nuestro debate en Harvard, pues le hizo perder credibilidad. Después de todo, su patente hoja de servicios en un bando político es mucho más extensa que la mía en el otro. Estuvo empleado durante años por los centros de estudios derechistas que no contratan a liberales fervientes. Escribió el libro *Common Ground*, que pasó a ser la biblia de Reagan tanto como *Other America* de Michael Harrington pudo influir en los demócratas de Kennedy. De ser él, yo diría algo así: «Mire, soy conservador en política y me enorgullezco de serlo. Sé que la argumentación de *The Bell Curve* engrana bien con mis ideas políticas y lo he reconocido desde el principio. De hecho, este reconocimiento me condujo a ser especialmente vigilante y cuidadoso cuando analizaba los datos de mi libro. Además, no soy conservador por razones caprichosas. Creo que el mundo funciona a la manera de la curva de campana y que mis opiniones políticas representan la mejor forma de gobernar a la luz de estas realidades». Este argumento podría respetarlo yo, a la vez que considerara tanto sus premisas como los datos en que se basa, falsos y mal interpretados.) Escribí *La falsa medida del hombre* porque tengo una visión política distinta y porque también creo (o no mantendría el ideal) que las personas están constituidas por la evolución de tal modo que es posible alcanzar esta visión; no inevitable, bien lo sabe Dios, pero alcanzable mediante el esfuerzo.